

CULTURA



EN PRIMERA FILA

**VICTORIANO
CRÉMER**

Poeta

A los 102 años sigue escribiendo casi a diario en los periódicos con un entusiasmo crítico que no cesa

Adscrito a la órbita de la poesía social en España, fue fundador de la mítica revista de literatura 'Espadaña'

Vive sobrepasado de fuerza e ironía y ha publicado en Visor su nuevo libro de poemas, 'El último jinete'

«Los intelectuales de hoy son unos momias»

ANTONIO LUCAS

Está sentado del lado de la ventana en el Bar Río de León, trasteando el sonotone con manos ágiles de 102 años. Sobre la mesa hay periódicos, un destornillador diminuto, una caja de pilas de botón y un monedero. Lleva un rato intentando arreglar el trasto de la oreja para alcanzar la vegetación de las voces que se cruzan en la pecera del café a esta hora punta de la mañana.

Es cauto, serio, algo desconfiado, pero al vernos entrar le salta el muelle de la simpatía y lanza una mano como un cabo suelto para volver de inmediato a su labor de ingeniero hurgando en las tripas del aparato deibir. «Pues tu dirás, pero si esto no funciona no podemos hablar...», amenaza. Sin embargo hace rato ya que estamos hablando, al modo



que sin esto no te oigo... Te decía que ahora toca sufrir la avalancha de los pseudo-demócratas. Han hecho de la democracia y de la Justicia un cuento, una burlería. Todo es una mierda. Ni esto es democracia real, ni la Justicia es lo que debiera ser, ni existe el socialismo. Aquí ya no hay conciencia de nada».

—¿Decepcionado?

—Nooo. Convencido. Convencido de que vivimos una gran mentira. La fatalidad de la vida española es que cada cambio nos hace perder algo más de pie. El panorama está tomado por mercaderes y ladrones. Tenemos un presente cimentado en dos pilares: la derecha cierta de Rajoy y la derecha engañosa de Zapatero.

—Desarrolle...

—Su abuelo, el capitán Lozano, me libró de un juicio militar... Porque yo me he

sincopado y repentino de los sordos, gente acorazada para las preguntas y libertaria en las respuestas.

Victoriano Crémer está ceñido a un chásis centenario al que sólo se le ha gripado, ligeramente, el bimotor de las patas. Vive solo. No tiene costumbre de coger el teléfono y anda con un jaleo de cosas por hacer que invita a sospechar si no será la versión leonesa de Benjamin Button, el tipo del cuento de Scott Fitzgerald que envejecía al revés. Desde su arboladura de olmo antiguo ha visto pasar un siglo de todos los colores. Y con el mismo ímpetu, el mismo espanto y la misma rebeldía con que asiste a él lo va cifrando en poemas, en crónicas, en artículos de periódico. Así sigue, enviando cada tarde su columna a un diario de León, bajo el título de *Crémer contra Crémer*.

— Yo he escrito ya hasta en las paredes. En la cárcel y fuera de la cárcel. En momentos horribles de mi vida y en otros más serenos... No hay nadie que se atreva a hablar hoy como lo hago yo. Necesito 20 años más para decir todo lo que quiero decir... El periodismo no morirá. El hombre empezó a escribir hace miles de años sobre una piedra y no va a dejarlo ahora. Vendrán cosas nuevas, pero nunca faltará un periódico.

Y lo afirma con ese rumor de milagro de quien ya se ha convertido en mitología de sí mismo. El salto al vacío que es toda entrevista le pone alerta. Tiene la alubia del sonotone sujeta con tres dedos y lo levanta de vez en cuando como quien busca frecuencia con el alambre de una antena. «Nada, que esto no funciona. No te voy a poder oír...», informa.

Victoriano Crémer es un poeta que figura en los libros de texto como uno de los nombres más tenaces de la poesía social en este terruño.

Fundó la revista *Espadaña* en 1944 junto a Eugenio de Nora y el cura Antonio González de Lama. Era la publicación antifranquista más valiente de España en el momento más jodido de España, cuando Franco aún ordenaba fumigar rojos a diario como un semidiós eufórico con la saña de quien porta en el escroto un sólo huevo. En el penal de León los falangistas jugaban a los fusilamientos con Crémer. «Ésa era su diversión. Nos sacaban de la celda de madrugada y en el patio del presidio nos disparaban con balas de fogueo. Algún compañero murió del susto. Así pasaba yo los días».

Por esa y otras putadas adquirió temprano un compromiso cívico que encontró altavoz en sus libros y en *Espadaña*. «La creamos en una de mis salidas de prisión. Pero necesitábamos el apoyo de alguien de derechas. Y no hallé a nadie más de derechas que un cura, González de Lama. Así empezó esa aventura que duró hasta 1951 y donde publicamos a poetas prohibidos como Neruda, César Vallejo, Miguel Hernández...». En aquellos años escribía sin descanso y el resto del tiempo lo ocupaba en sortear el hambre.

Crémer no hace Historia. Él ya es la Historia en persona. Las ideas le manan de la vejez. Aunque conserva fumarolas de aquel joven anarquista

y amigo de obispos al que hoy niega. «Ese es un juego que me he traído toda la vida, pero yo no soy anarquista, ni socialista, ni nada. Tan sólo católico, apostólico, de León... Y sindicalista revolucionario», exclama. Una menestra inflamable.

Nació en Burgos en 1907. Tiene un timbre rotundo de barítono desgastado, una voz como una barcaza que atraviesa el Bar Río de punta a punta. Ha sido mancebo de botica, vendedor de libros, mitinero con Durruti, amanuense, obrero tipógrafo... No se ha tomado ni medio Gelocatil desde el siglo pasado. Y aquí está. La memoria le funciona como un loro

LA OBRA. «Yo he escrito ya hasta en las paredes. En la cárcel y fuera de la cárcel. En momentos horribles de mi vida y en otros más serenos... Siempre con valentía»

PROTESTA. «Me gustaría crear un periódico distinto. Aquí sólo se apoya lo que no invita a sacar los pies del tiesto... ¿Dónde están los jóvenes? ¿Por qué no protestan?»

que, sujeto al hombro, le soplase citas, fechas, datos concretísimos, decimales de una existencia difícil de abarcar. Aprieta el sonotone con el índice y el pulgar y las frases le salen a chorro, a su bola.

— Tengo casi 103 años y en la poesía sigo y seguiré. Por una razón muy sencilla: la poesía es para mí el procedimiento de expresión que me-

jor responde a mis necesidades. En la dictadura escribí poemas verdaderamente subversivos, unos textos del diablo. Había que hacerlo. Pero estoy convencido de que en la sociedad española, salvo excepciones, nadie sabe una palabra de poesía, ni de prosa, ni de nada. Vivimos un tiempo de analfabetos. Somos un país rico, negociador y... olvidadizo. La prueba está en que muchos de los que llevan las riendas económicas y políticas son los mismos que andaban en la órbita del franquismo.

— Será la mala memoria patria...

— Nada de eso. Será la mala costumbre. Hemos aceptado la imposición de los partidos únicos. Eso corrompe la democracia. ¿Dónde están los intelectuales? ¿La gente crítica de la Cultura? Pues casi todos convertidos en momias. Estamos como en la dictadura, donde sólo había intelectuales de salón. Hay mucho demócrata de vía estrecha. Y como no de puedo ejercer de ciudadano libre ejerzo por libre de ciudadano.

El desacato no es una norma en Crémer, sino un servicio auxiliar permanente. Se mantiene en pie con el cafelito de la mañana, que le engrasa los pistones del lenguaje. En su cóctel molotov de palabras ardientes va haciendo pausas para arrancar el sonotone. «No hay manera. No vamos a poder hacer la entrevista. Es

salvado de situaciones muy extremas... Y ahora mira, su nieto presidente; alardeando de un socialismo que no es

tal. Yo sé lo que ése sabe y lo que no sabe. Y sé que es capaz de todo. Puestos a elegir me quedo con Rajoy, que al menos está en su sitio... Siempre he ido algo a la deriva. Siempre por donde no me llaman.

En este último tramo a Victoriano Crémer le ha temblado el bello ligeramente. A ratos acerca la mano a la oreja izquierda a modo de trompetilla para atender a una cuestión que responde como si no la hubiese escuchado. Y antes de que la cosa degenerase en el asalto al Bar Río y este hombre tome rehenes, ponemos la charla a sotavento, del lugar de su nuevo libro de poemas, *El último jinete*, publicado por Visor. «Pues eso es. Creo que tiene textos que no están mal. Y, sobre todo, que responden a mi propia conciencia. Si falseas la poesía te falseas a ti mismo. Algo que se da mucho entre los poetas actuales», remata.

No baja la guardia y el discurso se le acelera en ritmo y volumen. Si lo miras de cerca es como si la muerte no existiera. «Yo no me resigno a desaparecer. A mí lo que me apetece ahora es inventar un periódico, algo distinto y peculiar, aunque dure un mes. Aquí sólo se apoya el catecismo, aquello que no invita a sacar los pies del tiesto. Y me asusta ver a los jóvenes de hoy, a los estudiantes. ¿Dónde están? Tienen que recuperar la conciencia de la sociedad, denunciar lo que está mal. Pero no, son más reaccionarios que nunca, no protestan. Es hora de una revolución... Y el rollo este del sonotone... Que no va. Que no te oigo. Que no podemos hacer la entrevista». Pues ya vuelvo mañana, si no le va mal.